

DE DOÑA TERESA VERECUNDIA

AL LIC. TOMÉ DE BURGUILLOS.

SONETO.

Con dulce voz y pluma diligente,
 Y no vestida de confusos caos,
 Cantais, Tomé, las bodas, los saraos
 De *Zapaquilda* y *Mizifuf* valiente.

Si á Homero coronó la ilustre frente
 Cantar las armas de las griegas naos,
 A vos de los insignes Marramaos
 Guerras de amor, por súbito accidente:

Bien mereceis un gato de doblones,
 Aunque ni Lope celebreis, ó el Taso,
 Ricardos, ó Gofredos de Bullones;

Pues que por vos, segundo Gatilaso,
 Quedarán para siempre de ratones
 Libres las Bibliotecas del Parnaso.

SONETOS.

SONETOS.

SONETO I.

Desconfianza de sus versos.

Los que en sonoro verso y dulce rima
Hacéis conceto de escuchar poeta
Versificante en forma de estafeta,
Que á toda direccion número imprima :

Oid de un caos la materia prima,
No culta como cifras de receta,
Que en lengua pura, fácil, limpia y neta
Yo invento, amor escribe, el tiempo lima.

Estas en fin reliquias de la llama
Dulce, que me abrasó, si de provecho
No fueren á la venta, ni á la fama ;

Sea mi dicha tal, que á su despecho
Me traiga en el carton quien me desama,
Que basta por laurel su hermoso pecho.

SONETO II.

Propone lo que ha de cantar en fe de los méritos
del sugeto.

Celebró de Amarilis la hermosura
Virgilio en su Bucólica divina,
Propercio de su Cintia, y de Corina
Ovidio en oro, en rosa, en nieve pura:

Catulo de su Lesbia la escultura
A la inmortalidad pórvido inclina,
Petrarca por el mundo peregrina
Constituyó de Laura la figura.

Yo pues Amor me manda que presuma
De la humilde prision de tus cabellos
Poeta montañes, con ruda pluma;

Juana, celebraré tus ojos bellos,
Que vale mas de tu jabon la espuma,
Que todas ellas, y que todos ellos.

SONETO III.

Dedicatoria de la lira, con qué piensa celebrar su
belleza.

A tí la lira, á tí de Delfo y Delo
Juana la voz, los versos y la fama,
Que mientras mas tu hielo me desama,
Mas arde amor en su inmortal desvelo:

Críome ardiente salamandra el cielo
Como sirena á tí, menos la escama,
Para ser mariposa no eres llama,
Fuerza será mariposar en hielo.

Mi amor es fuego elemental segundo,
De Scitia tu desden los hielos bebe,
Tal imposible á mi esperanza fundo,

Pues á decir que fuéramos se atreve
(Cuando no los hubiera en todo el mundo)
Yo amor, Juana desden, su pecho nieve.

SONETO IV.

Disculpa la humildad del estilo con la diversion
de alguna pena.

Versos de almíbar y de miel rosada,
Amor me pide siempre que me topa,
Y dame acíbar en la dulce copa
De un partido clavel, gloria penada.

Yo cantaré con lira destemplada,
O sirena bellísima de Europa,
Tu enfaldo ilustre, tu jabon, tu ropa,
Del patrio rio en su cristal bañada.

Quien no me entiende, como yo me entiendo,
Sepa, dejando lo Aristarco aparte,
Que del profano vulgo me defiendo:

Bien fuera justo del flamenco Marte
Cantar las iras, pero yo pretendo
Templar tristezas, despreciando el arte.

SONETO V.

Cuenta el poeta la estimacion que se hace en este
tiempo de los laureles poéticos.

Llevóme Febo á su Parnaso un dia,
Y ví por el cristal de unos canceles
A Homero y á Virgilio con doseles
Leyendo filosófica poesía.

Ví luego la importuna infantería
De poetas fantásticos noveles,
Pidiendo por principios mas laureles
Que anima Dafnes, y que Apolo cria.

Pedíle yo tambien por estudiante,
Y díjome un bedel: Burguillos, quedo,
Que no sois digno de laurel triunfante:

¿Porqué? le dije. Y respondió sin miedo,
Porque los lleva todos un tratante
Para hacer escabeches en Laredo.

SONETO VI.

Pésale de ser poeta, y se le debe creer, habla con
el Parnaso.

Escelso monte, cuya verde cumbre
Pisó difícil poca planta humana,
Aunque fuera mejor que fuera llana
Para subir con menos pesadumbre;

Tú que del sol á la celeste lumbre
Derrites loco la guedeja cana,
Y por la yerba de color de rana
Deslizas tu risueña mansedumbre:

A tu fuente conducen mi persona
Poeta en pelo, mientras tengo silla,
Vanos deseos de inmortal corona;

Que para Don Quijote de Castilla
Desdichas me trujeron á Helicon
Pudiéndome quedar en la Membrilla.

SONETO VII.

No se atreve á pintar su dama muy hermosa por no
mentir, que es mucho para poeta.

Bien puedo yo pintar una hermosura,
Y de otras cinco retratar á Elena,
Pues á Filis tambien, siendo morena,
Angel, Lope llamó, de nieve pura:

Bien puedo yo fingir una escultura,
Que disculpe mi amor, y en dulce vena
Convertir á Filene en Filomena
Brillando claros en la sombra oscura.

Mas puede ser, que algun letor estrañe
Estas Musas de amor hiperboleas
Y viéndola despues se desengañe:

Pues si ha de hallar algunas partes feas,
Juana, no quiera Dios, que á nadie engañe;
Basta que para mí tan linda seas.

SONETO VIII.

Alude á la saeta de Filipo, padre de Alejandro, que le sacó de los ojos Cristobolo escelente médico.

Púsose Amor en la nariz el dedo
Jurando por la vida de Acidalia,
Castigar mi rigor, aunque á Tesalia
Fuese por yerbas para algun enredo :

Y Juana por la puente de Toledo,
Mas en holanda que en tabí de Italia,
Pasó con cuatro puntos de sandalia,
Máteme amor, si medio punto escedo.

Del pie á mis ojos, de su pie despojos,
Tal flecha de oro entonces enerbola
Como la que á Filipo daba en ojos :

Pero halló el Macedon farmacopola,
Yo no, que con la flecha por los ojos
Remedio espero de la muerte sola.

SONETO IX.

Dice el mes en que se enamoró.

Érase el mes de mas hermosos dias,
Y por quien mas los campos entretienen,
Señora, cuando os ví, para que penen
Tantas necias de amor filaterías :

Imposibles esperan mis porfias,
Que como los favores se detienen,
Vos triunfareis cruel, pues á ser vienen
Las glorias vuestras, y las penas mias.

No salió malo este versillo octavo,
Ninguna de las Musas se alborote
Si antes del fin el sonetazo alabo.

Ya saco la sentencia del cogote,
Pero si como pienso, no le acabo,
Echaréle despues un estrambote.

SONETO X.

Describe un monte, sin que, ni para que.

Caen de un monte á un valle entre pizarras
 Guarnecidas de frágiles helechos
 A su márgen carámbanos deshechos,
 Que cercan olmos y silvestres parras:

Nadan en su cristal Ninfas bizarras
 Compitiendo con él cándidos pechos,
 Dulces naves de amor, en mas estrechos
 Que las que salen de españolas barras.

Tiene este monte por vasallo á un prado,
 Que para tantas flores le importuna
 Sangre las venas de su pecho helado.

Y en este monte y líquida laguna,
 Para decir verdad como hombre honrado,
 Jamas me sucedió cosa ninguna.

SONETO XI.

Túrbase el poeta de verse favorecido.

Dormido Manzanares discurria
 En blanda cama de menuda arena,
 Coronado de juncia y de verbena,
 Que entre las verdes alamedas cria:

Cuando la bella pastoreilla mia,
 Tan sirena de amor, como serena,
 Sentada y sola en la ribera amena,
 Tanto cuanto lavaba, nieve hacia.

Pedíle yo que el cuello me lavase,
 Y ella sacando el rostro del cabello,
 Me dijo, que uno de otro me quitase:

Pero turbado de su rostro bello
 Al pedirme que el cuello le arrojase,
 Así del alma por asir del cuello.

SONETO XII.

Satisfacciones de zelos.

Si entré, si ví, si hablé, señora mia,
 Ni tuve pensamiento de mudarme,
 Máteme un necio á puro visitarme,
 Y escuche malos versos todo un dia:

Quando de hacerlos tenga fantasía
 Dispuesto el genio, para no faltarme,
 Cerca de donde suelo retirarme
 Un menestril se enseñe á chirimía.

Cerquen los ojos que os estan mirando
 Legiones de poéticos mochuelos,
 De aquellos que murmuran imitando.

¡Oh si os mudasen de rigor los cielos!
 Porque no puede ser (ó fue burlando)
 Que quien no tiene amor, pidiese zelos.

SONETO XIII.

Lo que hiciera Páris, si viera á Juana.

Como si fuera cándida escultura
 En lustroso marfil del Bonarrota
 A Páris pide Vénus en pelota
 La debida manzana á su hermosura:

En perspectiva Palas su figura
 Muestra por mas honesta, mas remota
 Juno sus altos méritos acota
 En parte de la selva mas oscura.

Pero el pastor á Vénus la manzana
 De oro le rinde mas galan, que honesto,
 Aunque saliera su esperanza vana.

Pues cuarta diosa en el disorde puesto
 No solo á tí te diera, hermosa Juana,
 Una manzana, pero todo un cesto.

SONETO XIV.

A la ira con que una noche le cerró la puerta.

¿Qué estrella saturnal, tirana hermosa,
Se opuso en vez de Vénus á la luna?
¿Qué me respondes grave é importuna
Siendo con todos fácil y amorosa?

Cerrásteme la puerta rigurosa
Donde me viste sin piedad alguna,
Hasta que á Febo en su dorada cuna
Llamó la Aurora en la primera rosa.

¿Qué fuerza imaginó tu desatino,
Aunque fueras de vidrio de Venecia
Tan fácil delicado y cristalino?

O me tienes por loco, ó eres necia,
Que ni soberbio soy para Tarquino
Ni tú Romana para ser Lucrecia.

SONETO XV.

A un peine que no sabia el poeta si era de box, ó
de marfil.

Sulca del mar de amor las rubias ondas
Barco de Barcelona, y por los bellos
Lazos navega altivo aunque por ellos
Tal vez te muestres, y tal vez te escondas.

Ya no flechas amor, doradas ondas
Teje de sus espléndidos cabellos,
Tú con los dientes no le quites dellos,
Para que á tanta dicha correspondas.

Desenvuelve los rizos con decoro,
Los paralelos de mi sol desata,
Box, ó colmillo de elefante moro,

Y en tanto que esparcidos los dilata,
Forma por la madeja sendas de oro
Antes que el tiempo los convierta en plata.

SONETO XVI.

Quéjase del poco respeto que Juana tiene á sus letras,
en que se ve la necesidad de los que aman.

Aquí de amor, que mata la dureza
De Juana, sin respeto de su grado,
Al mas impertinente licenciado,
Que en sus leyes formó naturaleza:

Lo de menos valor es la corteza
En cuantas cosas vemos que ha criado,
Y á tí al contrario el corazon te ha dado
De dura piedra en exterior belleza.

Pues no pueden mis quejas ablandarte
Bien merecieras, Juana rigurosa,
Suceder en el marmol de Anaxarte:

¿Pero en qué piedra, para ser mi losa,
Pudiera el dulce Ovidio trasformarte,
Si ya eres jaspe de azucena y rosa?

SONETO XVII.

Pregónase el poeta porque no se halla en sí mismo

Quien supiere, señores, de un pasante,
Que de Juana á esta parte anda perdido,
Duro de cama, y roto de vestido,
Que en lo demas es blando como un guar

De cejas mal poblado, y de elefante
De teta la nariz, de ojos dormido,
Despojado de boca, y mal ceñido,
Neron de sí, de su fortuna atlante.

La que del dicho Bártulo supiere
Por las señas estrínsecas que digo,
Vuélvale al dueño y el hallazgo espere.

¿Mas qué sirven las señas que prosigo,
Si no le quiere el dueño, ni él se quiere?
Tan bien está con él, tan mal consigo.

SONETO XVIII.

Prometieron favorecerle para cuando tuviese seso.

Señora mia, vos habeis querido
A cautela de amor entretenerme,
De suerte que ya estoy para perderme
Al mayor imposible reducido:

Para el tiempo que cobre mi sentido
Piadosa prometeis favorecerme,
Si fuistes vos quien pudo enloquecerme,
¿Dónde hallaré lo que he por vos perdido?

Vos sois la culpa, vos la causadora
Deste deliquio y amoroso esceso,
Tanto vuestra hermosura me enamora:

Pero si está mi seso, y mi suceso
En el que me quitais, dulce señora
Dejad de ser hermosa, y tendré seso.

SONETO XIX.

Dice como se engendra amor, hablando como filósofo.

Espíritus sanguíneos vaporosos
Suben del corazon á la cabeza,
Y saliendo á los ojos su pureza
Pasan á los que miran amorosos.

El corazon opuesto los fogosos
Rayos sintiendo en la sutil belleza,
Como de agena son naturaleza,
Inquiétase en ardores congojosos.

Esos puros espíritus que envia
Tu corazon al mio, por estraños
Me inquietan como cosa que no es mia.

¡Mira Juana qué amor, mira qué engaños!
Pues hablo en natural filosofía
A quien me escucha jabonando paños.

SONETO XX.

Envidia á un sastre, que tomaba la medida de un
vestido á una dama.

Mas eres sol que sastre ¡extraño caso!
Jaime, pues solo el sol, dicen, que ha sido
Quien á la Aurora le cortó vestido
Con randas de oro en turquesado raso:

Tú le mides el pecho aunque de paso,
Y yo en mis versos mis desdichas mido
Cortando galas en papel perdido
A manera de sastre del Parnaso.

Este soneto, Jaime, cosa es clara,
Que si dijese aquí lastre ó arrastre,
El consonante dice en lo que para:

Mas si envidiar un sastre no es desastre
Cuándo te acerques á su hermosa cara
Sé tú el poeta, y déjame ser sastre.

SONETO XXI.

Por las señas de este soneto consta que se hizo
por Navidad.

Juana, para sufrir tu armado brio,
Ya no hay defensa en Bártulo ni en Baldo,
Juana ¿qué olla te vertí? ¿qué caldo?
Que tratas como á perro el amor mio:

Juana, si tus estampas sigo al rio
Cargas de piedras el honesto enfaldo;
Juana, antenoche te pedí aguinaldo,
Y me llamaste licenciado frio.

Cruel naturaleza en nieve pura
La fábrica exterior del cuerpo informa
Alma tan criminal, áspera y dura.

¡Qué mal el cuerpo al alma se conforma
Pues fue de tan hermosa arquitectura!
La materia cristal, bronce la forma.

SONETO XXII.

A las fugas de Juana en viendo al poeta, con la fábula
de Dafne.

Como suele correr desnudo atleta
En la arena marcial al palio opuesto
Con la imaginacion tocando el puesto,
Tal sigue á Dafne el fulgido planeta:

Quitósele al coturno la soleta
Y viéndose alcanzar, turbó el incesto,
Vuelto en laurel su hermoso cuerpo honesto,
Corona al capitan, premio al poeta.

Si corres como Dafne, y mis fortunas
Corren tambien á su esperanza vana
En seguirte anhelantes y importunas:

¿Cuándo serás laurel, dulce tirana,
Que no te quiero yo para aceitunas,
Sino para mi frente, hermosa Juana?

SONETO XXIII.

A Don Juan de Valdés, caballero de la orden de S. Esteban
de Florencia, excelente juriconsulto.

Digna siempre será tu docta frente,
Alciato español, del verde engaste,
Venciste para mí, Don Juan, triunfaste,
Y mi fortuna lo contrario intente.

¡Qué claro, qué erudito, qué elocuente
Al senado católico informaste!
En cuya heroica magestad mostraste
Tus letras y elocuencia ilustremente.

Premio tendrás, que hables, ó que escribas,
Del senado real, cuando á sus puertas
El parabien de vencedor recibas:

Las leyes vivas siempre fueron ciertas;
¿Mas qué importan, Don Juan, las leyes vivas
En pleito donde estan las dichas muertas?

SONETO XXIV.

A la molestia de los pleitos.

Pleitos, á vuestros dioses procesales
Confieso humilde la ignorancia mia,
Cuando será de vuestro fin el día,
Que sois como las almas inmortales:

Hasta lo judicial perjudiciales,
Haceis de la esperanza notomía,
Que no vale razon contra porfía
Donde sufre la ley trampas legales.

¡O monte de papel y de invenciones!
Si pluma te hace y pluma te atropella,
¿Qué importan Dinos, Baldos y Jasones?

¡O justicia, ó verdad, ó vírgen bella!
¿Cómo entre tantas manos y opiniones,
Puedes llegar al tálamo doncella?

SONETO XXV.

A un avariento rico.

Aquí con gran placer de su heredero
Un avariento miserable yace,
Requiescat in bello, que no *in pace*,
Pues no supo gozar de su dinero:

Nunca pensó llegar al fin postrero
Punto fatal del que á la vida nace,
Mas ya las esperanzas satisface,
Que en largos años le negó primero.

O juventud lozana, desperdicia
La plata, el oro con la arena iguala,
Y en sus doblones pálidos te envicia.

Lascivo con tus damas te regala,
Véngate liberal de su avaricia,
Y mas que él lo guardó, consume y tala.

SONETO XXVI.

A un palillo que tenia una dama en la boca.

En un arco de perlas una flecha
 Puso el amor con un corál por mira
 (Si es que en los arcos por coral se mira)
 Vista que fue de dos corales hecha:

Ninguna de morir me dió sospecha
 Como esta de su boca dulce vira,
 Entre cuantas de plumas como tira,
 Que se me vino al corazón derecha.

Viendo que el hurto á tantos obligara,
 Con lanza en ristre amor os ha guardado,
 Juana, las perlas, porque nadie osara:

Yo las codicio y veo el arco armado,
 ¿Mas qué dicha mayor si yo quedara,
 Flechas de amor, á vuestro palo atado?

SONETO XXVII.

Quedóle mas que decir, y prosigue en la misma materia.

Si palos dais con ese palo hermoso,
 Ya no es afrenta dar de palos, Juana,
 La ley del duelo bárbara inhumana
 Ya es gloria militar, ya es acto hermoso:

Aquel toro de Europa fabuloso
 Volviera tal garlocha en forma humana:
 Si tal fuera el venablo de Diana,
 ¡Quién fuera entonces jabalí cerdoso!

Yo te ofrezco oraciones desde luego
 Si me das por poeta entre los malos
 Con ese palo, amor, palo de ciego.

En Tesalia los tuvo por regalos
 El asno de oro que compuso el Griego,
 Tu bestia soy, amor, dame de palos.

SONETO XXVIII.

Cortando la pluma, hablan los dos.

Pluma, las Musas de mi genio autoras
Versos me piden hoy, alto á escribillos.—
Yo solo escribiré, señor Burguillos,
Estas que me dictó rimas sonoras.—

¿A Góngora me acota á tales horas?
Arrojaré tijeras y cuchillos.—
Pues en queriendo hacer versos sencillos,
Arrímese dos Musas cantimploras.—

Dejemos la campaña, el monte, el valle,
Y alabemos señores.—No le entiendo.—
Morir quiere de hambre, escriba y calle.—

A mi ganso me vuelvo en prosiguiendo,
Que es desdicha despues de no premialle,
Nacer volando, y acabar mintiendo.

SONETO XXIX.

Juicio astronómico del dia.

Tan vergonzosa Vénus, tan mirlada
Iris salió del sol, que parecia
Que zelosa de Dafne daba al dia
Escrúpulos de luz anticipada:

Ni agua ardiente frances desentonada
Vocal crepusculaba chirimía
Ni despertaba el alba á la poesía,
Ni el pájaro marcial su prenda amada.

Tan ronco un buho del gazzate arranca
La arteria en voz con tal agüero en ella,
Que le quisiera dar con una tranca.

Dulce reinaba la amorosa estrella,
Yo finalmente amanecí sin blanca,
Debió de ser que me acosté sin ella.

SONETO XXX.

Hipérbole á los pies de su dama, que este poeta debió
de nacer en sábado.

Juanilla, por tus pies andan perdidos
Mas poetas que bancos, aunque hay tantos,
Que tus paños lavando entre unos cantos
Escureció su nieve á los tendidos:

Virgilio no los tiene tan medidos,
Las Musas hacen con la envidia espantos,
Que no hay picos de rosca en Todos-Santos
Como sus dedos blancos y bruñidos.

Andar en puntos nunca lo recelas,
Que no llegan á cuatro tus pies bellos,
Ni por calzar penado te desvelas:

Que es tanta la belleza que hay en ellos,
Que pueden ser zarcillos tus chinelas,
Con higas de cristal pendientes dellos.

SONETO XXXI.

Envió una dama una bigotera de ámbar á un galan
que no la habia menester.

Ocioso, Elena, fue vuestro presente
Para tanto marfil lustroso y liso,
Que los bigotes del galan Narciso
Sostenidos estan naturalmente:

Si vos le presumis barbiponiente,
Muy de mañana madrugó el aviso,
Y si á la cara haceis moldura y friso,
Lo mismo es en la barba que en la frente.

Donde concurren tantos desengaños
Incrédula debeis de ser, Elena,
¿Mas quién ha de creer tales engaños?

El ámbar y el careil no os causen pena,
Que á poderlos vivir de aquí á mil años
Os la podrá volver tal y tan buena.

SONETO XXXII.

Aun no dejó la pluma, y prosigue.

El galán de la linda bigotera,
 Que dicen que sin ella os enamora,
 No es como vos le imagináis agora,
 Pero como quisierades que fuera.

Platos suelen estar en espetera,
 Y espadas en recámara, señora,
 Y así la bigotera mistifora,
 Pues no se queda en tres á la primera.

Debe de ser que agora es jóven tierno,
 Pero si no mandad, si sois servida,
 Que la traiga de noche por invierno.

Para el frío será cosa escogida,
 Que bigotera en un lampiño eterno,
 Es poner parche donde no hay herida.

SONETO XXXIII.

A la muerte del marqués del Valle escribe de veras.

A la primera luz, que al viento mueve
 Trágico ruiseñor en la ribera,
 Jóven almendro erró la primavera,
 Y anticipado á florecer se atreve:

Pero trocando en átomos de nieve
 El blando soplo al céfiro, la fiera
 Mano del austro en turbulenta esfera,
 Las flores desmayó efímera breve.

Así mozo infeliz, cuando le advierte
 El valle, el prado en flor anticipada,
 Desmaya ramas y pimpollos vierte:

Siendo de aquella fábrica dorada
 Tan breve el fin, que aun ignoró la muerte
 Si fue con la desdicha, ó con la espada.

SONETO XXXIV.

Los varios efectos de la lengua.

Por convidado un sátiro tenia
 Un hombre, á cuyo rostro estando atento
 Consideró que con un mismo aliento
 Calienta el frío, y la comida enfria:

A las fieras despues, guardaos, decia,
 De un animal que con diverso intento
 Trocando solamente el movimiento
 Varios efectos de una causa cria.

Tal es la lengua si aborrece ó ama,
 Que lo que ama alaba y engrandece,
 Y vitupera aquello que desama:

Julio, ¿á qué fiera Antandro se parece,
 Que porque no se envidia, no se infama,
 Y porque no se ve, no se aborrece?

SONETO XXXV.

A Don Garcia de Salcedo, coronel, caballero
 del serenísimo Infante cardenal.

Compusieron de vos Palas altiva,
 Y la madre de Amor en Delo y Paros
 Un timbre ilustre para ingenios claros
 De salce y roble, de laurel y oliva:

Dulce Apolo español, de cuya viva
 Llama conceptos producis tan raros,
 Que siguiendo la voz por escucharos
 Se detuviera Dafne fugitiva.

Ya no es ella laurel, que tanta suma
 Como se mira en vos la envidia asombra,
 De vuestro coronel Febo presume:

Ninguno como vos laurel se nombra,
 Pues tantos coronais, honrad mi pluma,
 Que de tal coronel basta la sombra.

SONETO XXXVI.

A la muerte del rey de Suecia, escribe en seso.

El sucesor del Gótico arrogante,
Que fulminó dos veces Cárlos Quinto,
En blanco armado, aunque de sangre tinto
Del sacro imperio presumióse atlante:

Estaba el mundo en acto circunstante,
Si bien el voto universal distinto,
Cuando cayó de tanto laberinto
Con breve plomo el ínclito gigante.

Mesuróse el leon de España, el ave
Del imperio paró las sacras plumas,
Y el gran Melchisedech doró la llave.

Que suelen de olas infinitas sumas,
Pensando altivas contrastar la nave
Nacer montañas, y morir espumas.

SONETO XXXVII.

A la décima Musa Doña Bernarda Ferreyra de la Cerda,
señora portuguesa.

Cuando elegante de los dos idiomas,
Bernarda celestial, versos imprimas,
Con que los montes y árboles animas,
Las peñas mueves y las fieras domas:

Si lira en soledad, si bronce tomas
Del estruendo marcial heróicas rimas,
Rindan á tu laurel remotos climas
Oro, perlas, coral, palmas y aromas.

Pues ya con mas honor que al cisne en Tracia,
O Safo lusitana, á las difusas
Regiones tu valor la fama espacia:

Serás, pues tantas te dió el cielo infusas,
Con la escelencia de la cuarta gracia,
La décima del coro de las Musas.

SONETO XXXVIII.

De algunos predicadores naturales de Madrid, al
Doctor Francisco de Quintana.

Nacieron en Madrid el docto Herrera,
Velasco Eclesiastes, Marquez Cirilo,
Francisco Sanchez, que fecundo Nilo
Inunda el coro de la sacra esfera:

Montero luz en monte, primavera
Soria Basilio, y en florido estilo
Hortensio Fenix, que al eterno asilo
Huyó los ojos de la envidia fiera.

Entre estas luces coronada sale,
Quintana, de esplendor tu nueva aurora,
Porque si no los vence, los iguale:

Que ya tu ingenio que las cumbres dora,
Y por el sol mas encendido vale,
Honra la patria y la virtud decora.

SONETO XXXIX.

Desgarro de una panza un dia de toros, habla el rocin.

Yo Bragadoro Valenzuela en raza,
Diestro como galan de entrambas sillas
En la barbada naguas amarillas
Aciago un martes perfumé la plaza.

Del balcon al toril con linda traza
Daba por los toritos carrerillas,
Y andábame despues por las orillas
Como suelen los príncipes á caza.

Pero mi dueño la baqueta alzada
A un osco acometió con valentía
A pagar de mi panza desdichada.

Porque todos al tiempo que corria,
Dijeron que era nada, y fue cornada,
Mal haya el hombre que de cuernos fia.

SONETO XL.

Encarece su amor para obligar á su dama á que le premie.

Juana, mi amor me tiene en tal estado,
Que no os puedo mirar cuando no os veo,
Ni escribo, ni manduco, ni paseo,
Entre tanto que duermo sin cuidado;

Por no tener dineros no he comprado
¡O amor cruel! ni manta ni manteo,
Tan vivo me derrienga mi deseo
En la concha de Venus amarrado.

De Garcilaso es este verso, Juana,
Todos hurtan, paciencia, yo os le ofrezco:
Mas volviendo á mi amor, dulce tirana,

Tanto en morir y en esperar merezco,
Que siento mas el verme sin sotana,
Que cuanto fiero mal por vos padezco.

SONETO XLI.

A una dama que salió revuelta una mañana.

Hermoso desaliño en quien se fia
Cuanto despues abrasa y enamora,
Cual suele amanecer turbada aurora
Para matar de sol al mediodia:

Soliman natural que desconfia
El resplandor con que los cielos dora,
Dejad la arquilla, no os toqueis, señora,
Tóquese la vejez de vuestra tia.

Mejor luce el jazmin, mejor la rosa
Por el revuelto pelo en la nevada
Coluna de marfil garganta hermosa.

Para la noche estais mejor tocada,
Que no anocheceis tan aliñosa,
Como hoy amanecéis desaliñada.

SONETO XLII.

A un-zapato muy grande y desaseado de una dama.

¿Quién eres celemin? ¿quién eres fiera?
 ¿Qué pino te bastó de Guadarrama?
 ¿Qué buey que en Medellin pació la grama
 Te dió la suela en toda su ribera?

Eres, ramplon, de Polifemo cuera,
 Bolsa de arzon, alcoba, ó media cama,
 Aquí de los zapatos de mi dama,
 Que me suelen servir de bigotera.

¡O zapato cruel, cual será el anca
 De mula que tiró tal zapateta,
 Y aun me aseguran que el talon le manca!

Pues no te iguala bota de baqueta,
 Este verano voy á Salamanca,
 Y te pienso llevar para maleta.

SONETO XLIII.

A una dama que se llamaba Paz.

Bien pensará quien viere, Paz hermosa,
 Que he de jugar de guerra en el soneto,
 Que pide para vos cierto discreto
 Destos que saben solamente prosa:

Estad segura, Paz, de guerra ociosa,
 Qué yo no sé escribir por mamotreto,
 Solo de vos diré que en su conceto
 Sois Paz de muchas guerras vitoriosa:

No tanta paz, encareced retiros,
 Que os sigue juventud ociosa y loca,
 Y guerra os volverán con perseguiros.

La bella retirada á vos os toca,
 Que temo que vendreis á desluciros,
 Si siendo Paz andais de boca en boca.

SONETO XLIV.

A una dama que llamando á su puerta le dijo desde
la ventana, Dios le provea.

Señora, aunque soy pobre, no venia
A pedir os limosna, que buscaba
Un cierto licenciado que posaba
En estas casas, cuando Dios queria:

Estraña siempre fue la estrella mia,
Que aun pobre parecí desde la aldaba,
Pues ya que á la ventana os obligaba,
Trujistes desde allí la fantasía.

No porque culpa vuestro engaño sea,
Que á tal *Dios le provea* no replican
Mis hábitos, que son de ataracea.

No mis letras, mis penas significan:
¿Pero cómo quereis que me provea,
Si tales como vos se lo suplican?

SONETO XLV.

Madruga á escribir el poeta, y toma por achaque el
enfadarse del mundo para volverse á dormir.

Tomé la pluma, Fabio, al gallicinio,
Pasada la intempesta nocturnancia,
Y no para buscar pueblos en Francia,
Que no tengo historiografo desinio:

Y haciendo de las cosas escrutinio
Deste mundo visible mi ignorancia,
En todo hallé disgusto y repugnancia
Con tanto descompuesto latrocinio.

Intenté comenzar por desengaños,
Del mar de nuestra vida breve espuma,
Que á tantos necios consumió los años:

Pero al mirar la innumerable suma
De invenciones, de máquinas, de engaños,
Dejé los libros y arrojé la pluma.

SONETO XLVI.

Consuela á Tamayo de que todos le maldigan sin culpa.

Aquí del rey, señores: ¿por ventura
Fuí yo Cain de mi inocente hermano?
¿Maté yo al rey Don Sancho el Castellano,
O sin alma signé falsa escritura?

¿Púsome acaso en la tablilla el cura?
¿No soy hidalgo y montañes cristiano?
¿Por qué razon con maldecirme en vano,
No tengo vida, ni ocasion segura?

De oír decir á todos me desmayo,
Sin que haya lluvia, ó trueno resonante,
Que vaya á dar en casa de Tamayo:

Vuesamerced, rey mio, no se espante,
Ni tenga pena que le mate el rayo,
Que solo va á buscar su consonante.

SONETO XLVII.

A la muerte de una dama representanta única.

Yacen en este mármol la blandura,
La tierna voz, la enamorada ira,
Que vistió de verdades la mentira
En toda accion de personal figura;

La grave del coturno compostura,
Que ya de zelos, ya de amor suspira,
Y con donaire, que imitado admira,
Del toscó trage la inocencia pura.

Fingió toda figura de tal suerte,
Que muriéndose apenas fue creida
En los singultos de su trance fuerte:

Porque como tambien fingió en la vida,
Lo mismo imaginaron en la muerte,
Porque aun la muerte pareció fingida.

SONETO XLVIII.

A Don Francisco Lopez de Aguilar.

Entre las soledades, Don Francisco,
 Donde el último Nilo se derrama,
 Ni vive fiera en campo, ni ave en rama,
 Ni gitano pastor conduce aprisco:

Apenas nace al sol verde lentisco,
 Cuando es ceniza de su ardiente llama,
 Aquí llorando me llamó una dama
 Desde la punta de un escelso risco.

Enternecido yo, piedad humana;
 Mas si queréis que os cuente alguna cosa,
 Sabed que lo soñaba esta mañana,

Cuando el rocío del aurora hermosa
 En copa de cristal teñida en grana,
 Con brindis al jazmin bebió la rosa.

SONETO XLIX.

Prueba que amor quiere que le correspondan con el
 ejemplo de la misma dama.

A Themis consultó Vénus hermosa,
 Viendo que el niño Amor no se aumentaba,
 Y que con otro que esperando estaba
 Se aumentaría, respondió la diosa:

Parió Vénus á Anteros, y enfadosa
 Tambien por lo bizarro grezizaba,
 Pues que correspondencia se llamaba,
 Y crecieron los dos edad dichosa.

Tus dientes fueron ya perlas de oriente,
 Filis, pero la edad ¡cruel sentencia!
 Los de la encía superior desmiente:

No hay verdadero amor, si hay diferencia,
 Porque aun para comer, de diente á diente
 Es fuerza que ha de haber correspondencia.

SONETO L.

Al mismo sugeto de la dama que le dijo Dios le provea.

Vuesamerced se puso á la ventana,
Y luego conoció que era poeta,
Que la pobreza nunca fue secreta,
Sin duda se lo dijo mi sotana.

Si bien no á todos fiera é inhumana
Estrella sigue y saturnal cometa,
A muchos dió carroza, á mí carreta,
Para otros Vénus, para mí sultana.

Soy en pedir tan poco venturoso,
Que sea por la pluma ó por la espada,
Todos me dicen con rigor piadoso,

Dios le provea, y nunca me dan nada,
Tanto que ya parezco virtuoso,
Pues nunca la virtud se vió premiada.

SONETO LI.

A un perro que mordía á quien tomaba la mano
á su ama.

Paso, Amadis, que el reino del espanto
Tiene perro á la puerta, que no el cielo,
Porque las dos figuras de su velo
Si muerden con calor, no ladran tanto:

Dejad la mano, suspended el llanto,
Que mas parece envidia que buen celo,
De lo que no comeis menos desvelo,
O sois perro, Amadis, ó sois encanto.

Con ser melindre presumis de alano,
O en vuestra lana Júpiter se muda,
Que si es de zelos, no ladráis en vano.

Si á mi fuego poneis su nieve en duda,
Basta que tenga su desden la mano,
Que sois muy chico para ser de ayuda.

SONETO LII.

Desea afratelarse, y no le admiten.

Muérome por llamar Juanilla á Juana,
Que son de tierno amor afectos vivos,
Y la cruel con ojos fugitivos
Hace papel de yegua galiciana:

Pues, Juana, agora que eres flor temprana
Admite los requiebros primitivos,
Porque no vienen bien diminutivos
Después que una persona se avellana.

Para advertir tu condicion estraña,
Mas de alguna Juanaza de la villa
Del engaño en que estás te desengaña.

Créeme, Juana, y llámate Juanilla,
Mira que la mejor parte de España
Pudiendo casta, se llamó Castilla.

SONETO LIII.

Rasgos y borrajos de la pluma.

Lazos de plata y de esmeralda rizos
Con la yerba y el agua forma un charco,
Haciéndole moldura y verde marco
Lirios morados, blancos y pajizos:

Donde tambien los ánades castizos
Pardos y azules con la pompa en arco,
Y palas de los pies parecen barco
En una selva, habitacion de erizos.

Hace en el agua el céfiro inquieto
Esponja de cristal la blanca espuma,
Como que está diciendo algun secreto;

En esta selva, en este charco eu suma...
Pero por Dios que se acabó el soneto,
Perdona, Fabio, que probé la pluma.